

La antropología de las migraciones clandestinas en tiempos de neo-movilidades alternativas y el muro de Donald Trump

The anthropology of clandestine migrations in times of alternative neo-mobilities and the Donald Trump wall

Guillermo Alonso Meneses*
El Colegio de la Frontera Norte - México
gui@colef.mx

Resumen:

La antropología históricamente experimentó transformaciones tanto en el plano epistemológico y teórico como una reformulación de métodos y objetivos. La globalización y los cambios mundiales son otro factor que ha influido. Este es el marco en el que nació la antropología de las migraciones clandestinas y el cruce de fronteras. Este artículo revisa a la luz del concepto de cultura, nuevas formas de movilidad y fenómenos como las deportaciones o el control de fronteras. Nuevos objetos y sujetos de estudio para la antropología, tal como se han manifestado en México y especialmente en la ciudad fronteriza de Tijuana en los últimos años.

Palabras claves: Antropología, migraciones, Tijuana, México, Estados Unidos.

Abstract:

Anthropology historically confronted transformations, both on the epistemological and theoretical level and as reformulation of methods and objectives. Globalization and global changes are other factors that have influenced it. This is the framework in which the anthropology of clandestine migrations and the crossing of borders was born. This paper reviews events such as deportations or border control in the light of the concept of culture and new forms of mobility. They are new objects and subjects for anthropology, but we are focusing in Mexico and especially in the border city of Tijuana, in last year's.

Keywords: Anthropology, migrations, Tijuana, Mexico, USA.

*Profesor-Investigador en El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, México. Antropólogo, se doctoró en la Universidad de Barcelona en 1995.

Recibido: 15/01/2019 Aceptado: 02/03/2019

1. Introducción

James G. Frazer (1975) en el «Prefacio» a Bronislaw Malinowski (1975) *Los Argonautas del Pacífico Occidental*, avisaba en 1922 que el objeto de estudio de la etnología, *los salvajes que habitan países salvajes*, estaban desapareciendo. Décadas después, territorios remotos que fueron “coto” privilegiado del etnógrafo, como la región sudamericana del Pantanal, de la que habló en el capítulo 18 de *Tristes Trópicos* Lévi-Strauss (1988), a fines del siglo XX era el escenario salvaje de una telenovela brasileña de gran éxito en distintos países americanos, lo que la convirtió en destino turístico. De aquellas circunstancias históricas podemos inferir que influyeron en el trabajo de Malinowski y Lévi-Strauss porque contenían diferentes factores, como el cambiante presente, capaces de transformar la práctica antropológica.

El oficio y la sensibilidad antropológica son puestos a prueba; obligados a repensar y proponer nuevos enfoques, escenarios de observación y análisis o categorías que sustenten lecturas e interpretaciones críticas de los factores culturales que están modelando las vidas de gentes y pueblos. El horizonte de trabajo actual es problemático en un mundo donde lo local no puede explicarse desmembrado de las fuerzas globales. Esto no implica renuncia alguna a la tradicional (histórica) razón de ser de la antropología, a aquellos presupuestos epistemológicos que la caracterizan como disciplina. Pues ella ha contribuido a las profundas transformaciones socioculturales y civilizatorias de la modernidad del siglo XX y del XXI, aportando evidencias y argumentos a favor de la igualdad, la libertad y el bienestar de los pueblos.

Evidentemente, en los últimos 150 años la antropología experimentó transformaciones tanto en el plano epistemológico y teórico, como en el de la práctica de investigación y el trabajo de campo. Por ejemplo, A. Cardín, afinando la concepción de la antropología como crítica cultural de Marcus y Fisher (2000), vinculándola con el marxismo crítico de la Escuela de Frankfurt y el surrealismo, propuso este horizonte disciplinar:

El compromiso del antropólogo, como crítico cultural, es con la adhesión a una práctica y un saber acumulado que hablan de la dificultad de traducir experiencias ligadas a contextos concretos, y de la tenacidad de las representaciones mentales y las «visiones del mundo» frente a los cambios tecnoeconómicos. Diríase que, frente a la concepción historicista ingenua (que es la más general y espontánea, y la que la experiencia histórica más reciente mejor desmiente), el antropólogo se erige en testigo de la forma en cómo las sociedades se aferran a sus formas de ver el mundo tradicionales, las solapan frente a la dominación tecnoeconómica y políticas foráneas, y las transforman anecdóticamente para mejor conservar su estructura (1990: 13).

Si aceptamos hablar de conceptos tales como «formas de ver el mundo tradicional», «representaciones mentales» o «cambios tecnoeconómicos» estamos aceptando que el concepto central de la antropología es *la* cultura, esa dimensión de la existencia humana estructurada y determinada por *lo* cultural. Kroeber ya planteó, “el principio de cultura concede a la antropología un punto de mira de gran alcance y un centro

coordinador de la mayoría de los fenómenos relacionados con el hombre” (1965: 8). Pero el campo cultural actual no le es ajeno a la sociología o a los Estudios Culturales [con sus contradictorias y disímiles vertientes británica, estadounidense o latinoamericanista, entre otras], desconcertantes rivales que ignoran que la tradición durkheimiana no separaba etnología y sociología (Bourdieu y Passeron, 1975: 107).

2. La antropología a finales del siglo XX y comienzos del XXI.

A finales del siglo pasado, diferentes autores reflexionaban sobre la tempestad que parecía sacudir a la antropología y se señalaba que aquella “situación general de tanteo, de reformulación de métodos y objetivos en que se halla sumida actualmente la antropología —eso que Marcus y Fisher han llamado «momento experimental» de la disciplina—, debido fundamentalmente a la casi total desaparición de su objeto tradicional, los pueblos exóticos o «primitivos», hace que resulte cada vez más difícil explicar sobre qué versa y para qué sirve hoy la antropología” (Cardín, 1990: 7).

Prácticamente 70 años después de la queja de Frazer y en cierto sentido de Malinowski, la crisis de la antropología pasaba por la desaparición de su objeto tradicional. Y se produjo una reformulación de métodos y objetivos en la antropología, porque estaba emergiendo un mundo que económicamente comenzaba a globalizarse, el orden comunista o socialista había comenzado a derrumbarse en 1989 y la revolución de las nuevas tecnologías electrónicas con Internet comenzaba a despuntar, afectando radicalmente a todos los pueblos y sociedades del mundo.

Por supuesto, la antropología del siglo XX fue modelada por fuerzas provenientes del propio desarrollo científico, de orden epistemológico o por nuevos enfoques teóricos, por los contextos sociales y de política científico-académica de cada país, o por los cambios culturales y societarios del mundo globalizado, que en pleno siglo XXI tienen un factor *tecnoeconómico* inédito en la historia; el relacionado con la hipercomunicación y la hipercirculación de información asociados al Internet. Y una vez más la antropología debe imaginar y vislumbrar nuevos caminos.

Evidentemente existen discrepancias intradisciplinarias, pero también hay expectativas y compromisos compartidos. “El compromiso crítico de la antropología, cuando se manifestó, lo hizo en la lucha contra el etnocentrismo, en la denuncia del racismo y del etnocidio, en la discusión de los mecanismos de dominación masculina y en la investigación de las instituciones que han sostenido la lucha de la sociedad contra el Estado” (González Echevarría, 1987: 191).

Después de todo, la antropología sociocultural busca mostrar, analizar y enunciar, explicando o interpretando, lo humano en su diversidad —lo exótico, lo ajeno— con especial atención a la dimensión no obvia de la cultura. Un matiz que encontramos en Geertz, aunque ya Boas habló de la inconsciencia de los fenómenos culturales y Zulaika defendió: “El distintivo de una explicación antropológica es que sea capaz de abarcar también los fundamentos inconscientes de una costumbre, creencia o institución” (1990: 406). Privilegiar factores explicativos no obvios, estructuras subyacentes, simbolismos que enraízan en claves olvidadas frente a explicaciones estadísticas superficiales y visibles obviedades.

La cultura, como fenómeno humano, se infiere como un «sistema simbólico» de percepción, representación, comunicación y conocimiento orientado a formar

[educar, cultivar] al ser humano mediante complejos procesos de retroalimentación mente/comportamiento. Este sistema simbólico orienta y motiva por medio de creencias, valores, costumbres o instituciones las diferentes *formas de ver el mundo* que estructuran cualquier comportamiento o *formas de actuar en el mundo*.

La cultura se muestra, así como una dimensión con anclajes materiales y simbólicos, biológicos y síquico-intelectuales, proyectada en un universo de ideas, actos, palabras y artefactos. Un repertorio de acciones y relatos de legitimación ideológicos de textura simbólica incorporados a la visión del mundo, al mundo de las superficies duras de la vida aludido por Geertz (1992), a la producción material de artefactos y tecnologías, y a los diversos estilos de vida que interactúan en una cotidianeidad cualquiera. Los rasgos culturales abarcarían así “cosas” del estilo de percepciones y conocimientos, valores y creencias, cosmovisiones y actitudes, ethos e identidades que estructuran o se encarnan en comportamientos con vigencia en el presente.

Finalmente, estas cuestiones desembocan en ese rasgo disciplinar virtuoso de la antropología que es el trabajo de campo y la etnografía. El etnógrafo para Clifford Geertz (1992) conversa, escruta los hechos, aprehende el discurso social, aquellos actos, gestos, palabras de carácter público y los pone por escrito. La antropología trabaja sobre discursos y etnografías que en su forma textual permite su posterior estudio e interpretación. El texto etnográfico donde se inscribe el discurso social tiene que registrar lo que realmente se dijo, y suele ser una síntesis –una descripción densa– más que la captura de un amanuense de la realidad. Geertz concibe esta síntesis como una “pieza de interpretación antropológica”, que consiste “en trazar la curva de un discurso social y fijarlo en una forma susceptible de ser examinada” (1992: 31). Debe existir, por tanto, una conexión clara entre el texto etnográfico y el discurso social. Entendido el discurso en un doble sentido; por un lado el que da cuenta de las inercias sociales y patrones culturales observados o aprehendidos, y por otro, tal como lo definió Michel Foucault, el “campo en el que se manifiestan, se cruzan, se entrelazan, y se especifican las cuestiones sobre el ser humano, la conciencia, el origen y el sujeto” (2010: 28).

Emerge así un perfil de antropóloga o antropólogo escritor. Geertz habló del antropólogo como autor. Pero la escritura nunca ha sido un arte de fácil adquisición y la etnografía tiene propiedades específicas que en más de un aspecto la ponen del lado de la literatura (Geertz, 1989). Malinowski ya reconocía que ciertos trabajos de “amateurs” superan en plasticidad y viveza a muchos informes científicos, porque aciertan a describir los rasgos íntimos de la vida indígena (1975: 34-35). Décadas después, en ese sentido, Marcus y Fisher señalaban que «la crisis de la representación» que afectaba a las humanidades –un concepto más amplio que el de ciencias sociales– estaba operando como “el estímulo intelectual responsable de la vitalidad que muestra actualmente [la obra original es de 1986] la escritura experimental en la antropología” (2000: 29).

En mi opinión, aquellos planteamientos siguen estando vigentes. El mundo contemporáneo de globalización y flujos de información por Internet, de violencia y agendas neoliberales antidemocráticas exigen una etnografía rigurosa e imaginativa, formas descriptivas capaces de transgredir las cadenas de las actuales condiciones de producción de conocimiento y otras formas de opresión epistemológica e institucional [la postverdad y las *fake news* o noticias falsas son algunas de las facetas afines] que acorralan la práctica antropológica y etnográfica. La necesidad de innovadoras estrategias retóricas y formales que permitan “escribir lo cultural” ya fue una reivindicación de ese libro innovador de Clifford y Marcus (1991), que en inglés se tituló *Writing Cultures*.

3. Fenómenos migratorios y marcos teórico-conceptuales.

Históricamente han existido diferentes formas de migración y de tipologías de migrantes. Para Petersen (1979) la experiencia migratoria se daba cuando el individuo debido a diferentes causas cambiaba de residencia, de marco social, de comunidad o de nación. A partir de esa experiencia, distinguía entre migrantes *innovadores* y *conservadores*; cuando median factores ecológicos hablaba del emigrante *primitivo*; en otros casos, de migración *forzosa* o *impulsada*, *libre*, *en masa*. Más recientemente, Norman Long (2007) habló de la presencia de “nómadas globales” o “emigrantes en movimiento”. Sin duda, estas tipologías tienen limitaciones y aciertos, pero cada una tiene valor heurístico y más de una sigue teniendo vigencia no solo descriptiva.

Sin embargo, en las últimas décadas se ha recuperado el concepto de movilidad, unas veces descriptivamente y otras como una necesidad analítica. Sabíamos que el fenómeno migratorio se manifiesta y se produce sobre un plano espacial y territorial, y eso implica obviamente un movimiento. Pero como desplazamiento, tal como argumenta Alain Tarrius (2000), siempre dejará indicios rastreables. Las travesías por el espacio también son travesías por las jerarquías sociales y toda movilidad de carácter social, cultural, económica *deja huella* en el espacio y en el tiempo (2000: 45). Concebida así la movilidad redimensiona la percepción y análisis del fenómeno migratorio.

Es más, Tarrius entiende que la antropología del movimiento vuelve caducas las diferenciaciones entre movilidades y migraciones, y defiende que la migración es una dimensión más de la movilidad (2000: 48). Esto no excluye la cuestión de las causas, naturaleza o motivos a las que aludían los conceptos y tipologías anteriores. Unas veces, los migrantes —quienes están en marcha— responden al llamado de las redes sociales de parientes o conocidos inmigrantes que ya están residiendo en los Estados Unidos, otras veces, detrás del comportamiento del migrante se infiere una irracionalidad muy parecida a la que moviliza a las masas durante una *fiebre del oro*.

Ahora bien, en la bibliografía mexicana históricamente se ha hablado de *migrantes*, un concepto que no opera necesariamente como un calco del inglés *migrants*, para hablar de aquellas personas que están en tránsito hacia su destino y que otros denominan *transmigrantes*. Los migrantes están demasiado lejos de sus localidades para denominarlos emigrantes pero aún no llegan a su destino final como para denominarlos inmigrantes. Los migrantes y la migración, dos dimensiones de un mismo fenómeno, remiten a un proceso donde las personas están en movimiento. Y ciertamente, algunos microanálisis concretados en microescenarios apuntan a que hablar de movilidad permite precisar mejor los matices y las circunstancias dentro del viaje migratorio. Porque toda experiencia migratoria está trenzada por varias etapas de experiencias y por tanto con situaciones de movilidad diferentes; por un conjunto de *movilidades* diferenciadas a lo largo de una misma ruta o travesía migratoria escalonada en etapas. Las cuales a su vez se entrelazan con la movilidad de carácter social, cultural, económica, etc.

Este planteamiento es coherente con el enfoque de Tarrius (2000) cuando concibe la migración como una dimensión de la movilidad. De ahí el peso epistémico y analítico que le otorga al “acto de movilidad” y al uso de las categorías de diáspora, vagancia y nomadismo que utilizó en el estudio de los empresarios magrebíes en Marsella. Desde otra perspectiva, Heyman y Pallitto (2008) abordaron la

“mobility” [movilidad] en el cruce transfronterizo México-EEUU, atendiendo a factores como la seguridad o la identidad, que la hacen una experiencia diferente para unos u otros. Una movilidad diferenciada por la legalidad o la ilegalidad, la seguridad y la inseguridad, lo próximo y lo ajeno.

Ahora bien, si queremos profundizar holísticamente en el análisis del fenómeno migratorio contemporáneo, en los escenarios de salida, tránsito y llegada, se hace necesario construir enfoques más complejos y multifactoriales. En este sentido, Stephen Castles (2015) ofrece una buena síntesis metodológica en el capítulo “International Human Mobility: Key Issues and Challenges to Social Theory”, donde plantea la pregunta axial: ¿De qué diversas maneras están interrelacionadas la movilidad humana y los más amplios procesos de transformación en el contexto de la globalización neoliberal? Para este sociólogo, la irrupción sin contrapesos de la ideología neoliberal tras la caída del Muro de Berlín en 1989 debe considerarse un factor tan fundamental, como las innovaciones en las nuevas tecnologías y su impacto en la economía o las relaciones socioculturales. Y para dar cuenta desde la teoría social de la dinámica orden social/cambio social, Castles retoma el enfoque de *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo* (Polanyi, 1947). Pues en el siglo XXI, como en el XIX, tal como lo denunciara Polanyi, el liberalismo de mercado ha ignorado sistemáticamente la “penetración” [embeddedness] de la economía en la sociedad, lo que se ha traducido en la destrucción de los fundamentos sociales, políticos, religiosos o éticos.

El análisis de la migración internacional contemporánea no puede desvincularse del mercado de trabajo global y del multifactorial entramado capitalista que lo determina. Sin embargo, la movilidad humana se comprende mejor como “un componente esencial del cambio, que está modelada no solo por factores económicos sino también por complejos factores históricos, culturales y sociales” (Castles, 2015: 9-10). A partir de este horizonte epistémico y teórico que privilegia factores históricos y culturales, Castles desarrolla seis principios teóricos y metodológicos útiles para pensar y analizar el fenómeno migratorio: 1) “La migración no es un resultado de la transformación social, ni una causa de la misma, sino una parte integral de los procesos de transformación”; 2) “es erróneo tratar de separar los estudios de migración de la teoría social más amplia”; 3) “los procesos migratorios están moldeados tanto por las estructuras macrosociales como por las acciones y percepciones de las poblaciones afectadas, tanto migrantes como no migrantes”; 4) “las fuerzas globales están mediadas a través de patrones culturales nacionales y la experiencia histórica”; 5) “los efectos de lo global siempre se experimentan localmente”; y 6) “no hay una sola manera correcta de analizar la globalización. Las dimensiones globales, nacionales y locales están conectadas en formas complejas y no lineales”.

Por tanto, los procesos y experiencias migratorias están estructurados y entrecruzados por patrones y fuerzas, actores e interacciones multidimensionales. Unos locales y micro, otros más amplios. Así mismo, Long (2007) apuntó la vinculación entre migración, globalización y comunidades transnacionales y la necesidad de no perder esta perspectiva y esta interrelación, enfatizando ciertas opacidades. Los Estados-nación no pueden controlar exhaustivamente los flujos de bienes y personas a través de sus fronteras y recurrentemente ante el objetivo de las autoridades de controlar el movimiento de “forasteros” se dan situaciones de “contactos evitados”. “Ligado a ello está el análisis de las maneras en que los inmigrantes entran en los espacios nacionales de manera ilegal” (Long, 2007: 425).

Emerge así el escenario del cruce clandestino de fronteras internacionales y la necesidad de una antropología de la migración clandestina del migrante-en-movimiento, coherente con otros proyectos como el de la antropología inmersa en los procesos de globalización (Appadurai 1990 y 2001). Esta necesidad disciplinar surge al constatar que este tipo de migraciones o movilidad humana necesita ser abordado desde una perspectiva metodológica del trabajo de campo intensivo y puntual como el de la etnografía multisituada (Marcus, 1995; Clifford, 1999) o contactos a escala de interfaz (Long, 2007). Esta microescala privilegia la experiencia humana del actor que enfrenta una vivencia difícil y dura, expuesta a graves riesgos y peligros durante su viaje o desplazamiento migratorio por distintos espacios y territorios. Seguir la escurridiza migración clandestina implica tratar con seres humanos en movimiento —que como vimos pueden ser de distinta naturaleza— que evitan contactos con autoridades.

4. La migración clandestina por la frontera México-Estados Unidos y las deportaciones.

El cruce clandestino de las fronteras por migrantes o el control de las mismas por parte del estado constituyen un campo de estudio creciente desde fines del siglo XX. “El método más conocido y clásico de controlar la inmigración es a través del reforzamiento físico de las fronteras de una nación” (Doomernik, 2010: 22). La geografía donde se produce la intersección de los espacios de control fronterizo, el cruce clandestino de las fronteras y las rutas peligrosas que conducen al destino, han puesto en las portadas informativas al estrecho de Gibraltar, islas como Lampedusa en el Mediterráneo centro-meridional o las islas Canarias en el noroeste de África. Más recientemente la costa Libia y las aguas entre Grecia y Turquía han adquirido inédita importancia. En nuestro hemisferio, ciudades como Tijuana o Ciudad Juárez y los desiertos de la frontera México/Estados Unidos [EEUU] como el Sásabe o el de la reservación Tohono O’odham [también conocidos como Pápagos] en Arizona

La migración clandestina está “normalizada” social y culturalmente en México y Centroamérica. México, además, es de los pocos países que en las últimas décadas se ha consolidado con la triple condición de país que expulsa emigrantes, atrae a inmigrantes y es de tránsito para migrantes. Su vecindad con los EEUU es lo que explica que allí vivan más de 34 millones de mexicanos y sus descendientes o que cada año decenas de miles de migrantes propios o extranjeros transiten por su territorio rumbo a la frontera norte.

La frontera entre México y EEUU es una de las más largas del mundo, se extiende desde Tijuana, Baja California, en el Océano Pacífico, hasta Matamoros, Tamaulipas, en el Golfo de México, con una distancia aproximada de 3,175 kilómetros. De estos, 2,053 kilómetros son del Río Bravo/*Grande* como límite internacional y los 1,084 kilómetros restantes son la línea divisoria terrestre al oeste de Cd. Juárez, Chihuahua, excluyendo el segmento de 38 kilómetros donde el Río Colorado hace de frontera internacional. El tramo que va desde Tijuana hasta Ciudad Juárez, donde comienza la frontera fluvial del río Bravo, que corresponde con el sur de los estados de California, Arizona, Nuevo México y el inicio de Texas cruza por los desiertos de Yuha, Yuma, Pinacate, Altar, el *Organ Pipe Cactus National Monument*, el Sásabe, el desierto entre Nogales y Douglas, o el de Las

Cruces en Nuevo México. La belleza de ese paisaje desértico esconde algunas de las rutas más transitadas hasta hace poco de la migración clandestina mundial o algunos de los parajes más mortíferos para los migrantes que van a los EEUU sin pasaporte ni visa.

De hecho, el paisaje de la frontera entre México y los EEUU ha conocido cambios radicales desde 1993, y posteriormente al 11 de septiembre del 2001, dentro de la estrategia de control fronterizo del gobierno Federal. Básicamente se construyeron muros de concreto (hormigón) y bardas (tapias) de láminas de acero (originalmente piezas de aeropuertos y caminos portátiles, especiales para terrenos arenosos, utilizadas durante la primera guerra del Golfo), o colocar estratégicamente torres de iluminación (tipo estadios deportivos) y una telaraña de dispositivos de detección electrónica para impedir los cruces de migrantes. De hecho Donald Trump tiene en crisis el gobierno de los EEUU a inicios del 2019 porque quiere mejorar los muros existentes y ampliar su cobertura.

Desde hace 25 años, la seguridad de la frontera con México y el combate de la migración indocumentada gira en torno a cuatro operativos. El primero fue la “Operación Bloqueo” (*Operation Blockade*), que inició el 19 de septiembre de 1993 entre El Paso, Texas, y Ciudad Juárez, Chihuahua. Bill Clinton había llegado a la presidencia meses atrás. Semanas después, entró en vigor del Tratado de Libre Comercio entre Canadá, EEUU y México, y fue rebautizado como “Operation Hold-the-line”. El nombre de “Bloqueo” [de la inmigración ilegal] sonaba ofensivo. En octubre de 1994 inició el operativo *Gatekeeper* o “Guardián” en San Diego, California, colindante con Tijuana, levantando una auténtica *Iron Curtain* herrumbrienta con material de guerra reutilizado. Seguidamente vinieron *Safeguard* o “Salvaguarda” (en Nogales, Arizona), y en agosto de 1997 se implementó la *Operation Rio Grande*, en Texas, por el bajo río Bravo entre Brownsville y Laredo.

Estos cuatro operativos tienen como brazo ejecutor a la Patrulla Fronteriza o *Border Patrol* que suele reclutar veteranos de guerra como patrulleros y está pertrechada con tecnología militar, de ahí que Nagengast (1998) hablase ya de la militarización de la *Border Patrol*. Si a esto unimos tempranas denuncias como las de Claudia Smith (2000) de la Fundación de Asistencia Legal Rural de California [CRLAF por sus siglas en inglés], de que la estrategia de la *Border Patrol* maximizaba las muertes de los migrantes clandestinos, tenemos que existen tempranas evidencias sobre la continuada violación de los Derechos Humanos en la frontera (Alonso, 2003). Siendo la muerte en cautiverio de dos menores de edad guatemaltecos detenidos en diciembre del 2018 el último episodio sospechoso e indignante.

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 de Al-Qaeda en Nueva York y Virginia (El Pentágono) impactaron brutalmente en las políticas de seguridad, las fronteras y la migración irregular estadounidenses. El terrorismo *yihadista* se unió al narcotráfico como amenaza exterior, y contagiaron a la migración. La tríada del miedo en materia de seguridad fronteriza la conforman los terroristas, los narcotraficantes y los migrantes. Hubo una transformación radical de los cuerpos y agencias de seguridad con la creación del Departamento de Seguridad Interna o *Homeland Security* [DHS por sus siglas en inglés]. El viejo INS desapareció en marzo del 2003, sustituido por agencias como el ICE [*Immigration and Customs Enforcement*] o el CBP [*Customs and Border Protection*]. Hubo una amplia legislación restrictiva y antimigratoria en el periodo 2001-2006.

La población total de inmigrantes indocumentados [*unauthorized immigrants*] en EEUU en el 2006 oscilaba entre 10.8/11.8 millones (Passel y Cohn 2011: 9). Tras una década de esfuerzos legislativos, millonarios presupuestos, miles de patrulleros y kilómetros de muros, se alcanzó una cifra récord de residentes indocumentados. Fue con la crisis económica y la Gran Recesión posterior al 2008 que colapsó el flujo indocumentado mexicano, las detenciones en la frontera cayeron de 858,638 en 2007 a las 327,557 en 2011, y 303,916 en 2017. Aunque Bush Jr. también auspició la construcción de “muros” entre el 2006-2010 e impulsó la política de deportaciones (*removals*) por medio del ICE. Entre el 2007 y el 2017 se promediaron 350,000 eventos de deportación anuales. El impacto en la migración a los EEUU tan brutal que todavía en el 2018 las detenciones de mexicanos en la frontera siguen reduciéndose.

Las “deportaciones” o “remociones” (*removals*) en el periodo 2007-2012 promediaron los 375,000 eventos anuales y juegan un papel disuasorio y terrorífico. Para el 2012, ya con Obama de Presidente, hubo 409,000 eventos de deportación, el récord histórico anual. A partir del año fiscal 2013 se confirma una caída de las deportaciones, que se acentúa en el 2015 y en el 2016, coincidiendo con los últimos 4 años del mandato de Obama. Curiosamente en el primer año de Trump decayeron a 226,119. Estos eventos de deportación, un considerable flujo de “retorno” a México sin precedente histórico, llevan aparejado un “daño colateral”. Un buen número de ellos llevaban varios años residiendo o incluso más de una década en los EEUU, con arraigo vital e hijos o cónyuges estadounidenses. La expulsión de un padre o madre de familia puede arrastrar consigo al resto de los integrantes, y sabemos de familiares ciudadanos estadounidenses por nacimiento o hijos de matrimonios mixtos condenados a crecer sin padre o madre.

El crecimiento sostenido de las deportaciones desde 1996 demuestra que han operado como un instrumento punitivo, una política de Estado, una tecnología biopolítica de gobierno de las conductas (Foucault, 2008) –asumida por las Presidencias demócratas y republicanas indistintamente–. Sin negar que puedan operar como un mecanismo regulador del ejército de reserva laboral de inmigrantes indocumentados (De Genova, 2002) o como válvula de escape de las prisiones sobrepobladas, etc. Las deportaciones –personas arrancadas o extirpadas de su núcleo sociofamiliar y expulsadas del país– también se han interpretado como un instrumento polivalente de limpieza étnica y de cirugía de extirpación demográfica y socioeconómica (Alonso 2012 y 2014). Una manera efectiva de deshacerse de los migrantes irregulares [extranjeros ilegales/*illegal aliens*].

Finalmente están los múltiples microescenarios de violencia antiinmigrante y de muerte a lo largo de la frontera SW de EEUU con México, sobre todo al cruzar la frontera clandestinamente. Existen testimonios de miles de migrantes que manifiestan haber sido extorsionados por agentes de México y de EEUU, estafados por los coyotes, robados a punta de pistola, mujeres ultrajadas, gente que escapó de milagro de una muerte segura o aquellos que desaparecieron y sus cuerpos siguen perdidos. La *Border Patrol* dice que no tiene manchadas las manos de sangre, pero lo cierto es que los perros de presa de la climatología extrema de los desiertos realizan el trabajo sucio de disuadir o “ejecutar” a los transgresores (Alonso, 2013).

5. El muro fronterizo de Trump y las neo-movilidades singulares y alternativas.

El 20 de enero del 2017, Donald Trump tomó posesión como Presidente de los Estados Unidos de América y una de las primeras medidas que tomó fue oficializar la orden para iniciar la construcción de un muro en la frontera con México. Nada que ver con la ceremonia inaugural de la presidencia de Barack Obama el 18 de enero del 2009, cuando Pete Seeger, Bruce Springsteen, Tao Rodríguez-Seeger y una multitud de decenas de miles de personas cantó *This Land Is Your Land*. La canción-himno de los desarraigados de Woody Guthrie, cuestionadora de los muros y alambradas que dividen la tierra e impidan el libre paso, que simbolizó las esperanza depositadas en Obama.

El muro que quiere Trump ya no es un exabrupto de campaña política, es una acción de gobierno sintomática, que invoca valores nacionalistas claramente xenófobos [con insultos a los mexicanos o a los musulmanes pacíficos], la amenaza terrorista y los miedos del electorado a los impactos de la globalización económica. Sin olvidar que, aunque Obama fue Nobel de la Paz en el 2009, este premio no impidió que sea el Presidente [2009-2016] con el mayor “número” de deportaciones. Aproximadamente 2.5 millones de migrantes e inmigrantes irregulares en ocho años, 1.8 millones de origen mexicano; entendiendo por migrantes aquellos que fueron detenidos poco después de cruzar la frontera –la mayoría de los deportados–, y por inmigrantes aquellos que ya residían en los EEUU. Mientras que en la frontera con México fallecieron 2.968 migrantes, la mayoría mexicanos (ICE, 2017).

Elevar las deportaciones fue otra de las promesas electorales de Trump junto con el muro, porque ambos artefactos –de naturaleza jurídica uno y material el otro– se combinan para “controlar” la migración irregular. El muro de Trump tiene un lado siniestro vislumbrado por Salman Rushdie (2003), al comentar una imagen que el fotógrafo brasileño Sebastião Salgado tomó en 1997 en San Ysidro, California, frente a la Colonia Libertad de Tijuana. La imagen en blanco y negro tiene espesor ético y estético en su dramatismo. Una diminuta pero nítida figura humana cruza desesperadamente una carretera de tierra a grandes zancadas, intentando regresar hacia la barda de metal que lo separa de México. A gran velocidad, un auto todoterreno de la Patrulla Fronteriza, la temida *migra*, avanza hacia él. Para el autor de los *Versículos satánicos*, aquella fotografía retrataba una frontera propia de un “mundo gulag” (Alonso, 2014: 2-3).

Cuando Donald Trump pocas horas después de tomar posesión en enero del 2017 firmó ante las cámaras la orden de construir un muro en la frontera Suroeste con México, iniciaba también la construcción de un gulag. En Playas de Tijuana, Baja California, se observan las vigas de acero del “muro” adentrándose en el océano Pacífico. Unos metros más arriba, en paralelo hay otras dos vallas altas, de acero oxidado, con pesados portalones, una torre con cámaras de vigilancia y agentes de la patrulla fronteriza. El conjunto constituye un paisaje de control autoritario, un híbrido de Gulag y de Guantánamo, un auténtico telón de acero que solo cumple una penosa función táctica y propagandística como artefacto para la represión de la inmigración. Un espacio que encarna las políticas migratorias fundadas sobre la animadversión hacia el otro-extranjero y el cinismo. Pues los EEUU se pasaron toda la guerra fría clamando contra el muro de Berlín y la *cortina de hierro* como

símbolos de la opresión de las libertades y de la violación a los Derechos Humanos.

La ciudad de Tijuana que colinda con el sur de California, en los últimos años se ha transformado en ciudad de destino para flujos migratorios atípicos –por sus características– que hablan de neo-movilidades alternativas. Tijuana había sido históricamente una importante ciudad de cruce para la migración mexicana de la segunda mitad del siglo XX, y que en el siglo XXI es la ciudad que más migrantes deportados ha recibido de los EEUU. Los centroamericanos que querían llegar a la costa oeste también la frecuentaron. Pero lo extraordinario ocurrió cuando a finales de mayo del 2016 comenzaron a llegar a la garita de San Ysidro decenas de migrantes africanos de países como Guinea o el Congo así como haitianos procedentes de Brasil, todos ellos para solicitar asilo en EEUU. El fenotipo afro los delataba en una ciudad desacostumbrada a tener migrantes de esas características. Los africanos habían cruzado previamente el Atlántico en avión con destino a Brasil, los haitianos habían salido de su país tras el terremoto del 2010 y vivido varios años en zonas metropolitanas como la de Sao Pablo. Ambos colectivos habían salido de Brasil. Posteriormente cruzaron por Ecuador, Centroamérica y entraron a México por Chiapas tras viajes de varios meses en algunos casos.

Históricamente el flujo de migrantes centroamericanos también ha entrado a México desde Guatemala por Tecún Umán y Tapachula, en la costa del Pacífico, se suben irregularmente al tren denominado la Bestia que pasa por Veracruz, para llegar a la frontera de Texas, que es la ruta más corta pero peligrosa. Precisamente en un lugar próximo a esa ruta, sicarios pertenecientes a cárteles del narcotráfico perpetraron la matanza de 72 migrantes en San Fernando, Tamaulipas, en agosto del 2010, la mayoría de las víctimas eran hondureños y guatemaltecos, aunque también hubo ecuatorianos y brasileños entre otros. Lo desconcertante en el 2016 fue que este nuevo flujo de migrantes se encaminó hacia Tijuana, una ruta que casi triplica la distancia de la vía cercana al Golfo de México.

Desde mediados del 2016 y parte del 2017 se estima que llegaron a Tijuana unos 22 000 haitianos y varios centenares de africanos, que desbordaron los servicios de acogida oficiales y de la sociedad civil. Los trámites de las miles de solicitudes de refugio o asilo hicieron que las filas de espera durasen meses. Los millares de haitianos plantearon además un problema de comunicación, porque hablaban creole y francés, lo que unido a la limitada capacidad de recepción y procesamiento del Departamento de Seguridad de los EEUU [DHS por sus siglas oficiales], ralentizó la entrada. Mientras tanto, los solicitantes necesitaron ser apoyados para sobrevivir, por medio de la solidaridad de centros como el Desayunador del Padre Chava, el albergue del Templo Embajadores de Jesús y organizaciones e iglesias estadounidenses que cruzaban la frontera con apoyos.

El final de las solicitudes de los haitianos en el 2016 y 2017, reflejado en las estadísticas de deportación del DHS, es contundente. Por ejemplo, el CBP y ICE –para algunos la nueva migra con modales propios de la Gestapo– en el año fiscal del 2016 deportaron 6 377 haitianos [y 21 994 hondureños y 20 538 salvadoreños]. En el año fiscal del 2017, se deportó 8 057 haitianos [y 22 381 hondureños]. Más de 14 000 haitianos fueron declarados inadmisibles, no aptos para hacerse acreedores al estatus de refugiado o asilado y acabaron en Haití. Los mexicanos deportados en ambos años fueron respectivamente 149 821 y 128 765 (CBP, 2018). Los haitianos comprendieron meses después, cuando más de la mitad de sus compatriotas que habían cruzado México y solicitado “papeles” acabaron deportados a Haití entre el 2016 y 2017, que lo mejor era permanecer en Tijuana,

en México. Actualmente se calcula que residen en Tijuana unas 4000 personas haitianas. Aquella singular experiencia es un buen ejemplo de lo que denomino neo-movilidades migratorias.

Otro caso más reciente de neo-movilidad lo constituye la caravana de migrantes hondureños que salió el 13 de octubre del 2018 de la ciudad de San Pedro Sula, formada por unas 4000 personas que literalmente salieron caminando hacia EEUU. El éxodo masivo captó la atención mediática internacional, sorteó los intentos por detenerla en Guatemala, y llegó a la frontera con México a orillas del río Suchiate. Tras cruzar los puentes, desbordaron a las autoridades mexicanas y forzaron su entrada. Aquella fue la primera caravana masiva en la región, catapultada desde un país desigual, pobre y en crisis total como Honduras, que además captó la atención mediática mundial que la siguió por las carreteras de los diferentes países.

El recorrido, desde Tecún Umán/Ciudad Hidalgo hasta Tijuana, grosso modo recordó al de los haitianos del verano del 2016. Sin embargo, los haitianos tomaron autobuses y el éxodo de migrantes hondureños, salvadoreños y guatemaltecos pronto dejó de avanzar a pie para recibir la solidaridad, y una vez en camionetas, otras en camiones y autobuses, atravesaron Chiapas, Oaxaca, Veracruz, se plantaron en Ciudad de México y tras pasar por Querétaro y las autopistas del noroeste mexicano, el primer contingente se plantó el 13 de noviembre en Tijuana. En distintos estados y municipios mexicanos hubo urgencia porque transitasen por sus circunscripciones administrativas rápido y se les facilitó *solidariamente* su transporte a Tijuana.

La llegada masiva a Tijuana de varios miles de centroamericanos, principalmente hondureños, provocaron algunos episodios de xenofobia, manifestaciones de racismo, enfrentamientos, malestar y otras tensiones sociales. Hasta que el 25 de noviembre hubo un intento de entrada masiva a los EEUU por la frontera, que fueron disueltas por las fuerzas de seguridad estadounidenses. Unas 2000 personas han logrado cruzar y su futuro es incierto, otros tantos se han movido de Tijuana y otros 2000 permanecen aún en enero del 2019. La extrema fluidez o los escenarios peligrosos hacen que este fenómeno tenga dimensiones que no son etnografiables y desaconsejan que el investigador sea testigo de la experiencia.

6. Conclusiones provisionales.

Los muros fronterizos son la metáfora de las fronteras que discriminan y hacen posible la deportación efectiva al dificultar el regreso. Frente a Tijuana hay tramos con hasta 4 muros fronterizos, porque uno solo no basta. Estos muros reflejan la crisis moral y democrática que subyace al triunfo de políticos como Donald Trump con su discurso xenófobo [acusó a los mexicanos de delincuentes y violadores, de “*bad* hombres”]. Y este tipo de discursos es tolerado cínicamente por el Estado de derecho cuyas instituciones de justicia sancionan el status de legalidad e “ilegalidad” del (in)migrante. El descarte o eliminación de personas socialmente molestas para los intereses estadounidenses se lleva haciendo desde hace 200 años. La expulsión de inmigrantes mexicanos de la sociedad estadounidense constituye una limpieza étnica de facto. Esto hace de Tijuana la ciudad que más deportados mexicanos ha recibido en el siglo XXI, pero también la que recibe más solicitantes de asilo extranjeros para los EEUU, como los haitianos en 2016 y 2017 o los integrantes de la caravana de hondureños y otros centroamericanos en el 2018.

La antropología de la migración clandestina, que observa los flujos migratorios provenientes del sur y las distintas estrategias de movilidad, enfrenta diferentes retos que la obligan a repensarse disciplinar, metodológica y epistemológicamente. ¿Cómo estudiar grupos en movimiento que buscan la clandestinidad?, ¿cómo estudiarlos en escenarios peligrosos como las rutas del desierto o porque están bajo control del crimen organizado?, ¿el trabajo de campo y la etnografía que enfrentan tales dificultades, qué pueden ofrecer ante disciplinas que ofertan rápidos estudios estadísticos de corte socio-demográfico superficial?, ¿puede la crítica reflexiva compensar el hándicap de las realidades no-etnografiables? Ciudades como Tijuana donde convergen distintos flujos migratorios y fenómenos socioculturales o la misma frontera México-EEUU, resultan duros campos de pruebas para la antropología de las migraciones que se hace desde el sur emancipado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alonso, Guillermo. (2003). "Human Rights and Undocumented Migration along the Mexican-U.S. Border". *UCLA Law Review*. Los Ángeles, Universidad de California. 51 (1), octubre, 267-281.
- Alonso, Guillermo. (2012). "Recesión económica, reflujo migratorio y violencia antiinmigrante entre México y los Estados Unidos". *Norteamérica*. México. CISAN-UNAM. 7(2), julio-diciembre.
- Alonso, Guillermo (2013). *El desierto de los sueños rotos. Detenciones y muertes de migrantes en la frontera México-Estados Unidos, 1993-2013*. México: El Colegio de la Frontera Norte.
- Alonso, Guillermo (2014). "La frontera-gulag y las deportaciones de migrantes mexicanos". *Desacatos*. (46), septiembre-diciembre, 14-31.
- Appadurai, Arjun. (1990). "Global Ethnoscapes: Notes and Queries for a Transnational Anthropology", en Richard Fox, (ed.). *Recapturing Anthropology: Working in the Present*. Santa Fe, New Mexico. School of American Research Press. p. 191-210.
- Appadurai, Arjun. (2001). *La Modernidad Desbordada*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Arendt, Hannah. (2005). *Sobre la violencia*. Madrid. Alianza Editorial.
- Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean C. (1975). *Mitosociología*. Barcelona. Fontanella.
- Cardín, Alberto. (1990). *Lo Próximo y lo ajeno*. Barcelona. Icaria.
- Castles, Stephen. (2015). "International Human Mobility: Key Issues and Challenges to Social Theory" en Castles, Ozkul y Arias (eds.) *Social Transformation and Migration. National and Local Experiences in South Korea, Turkey, Mexico and Australia*. Londres. Palgrave Macmillan, p. 325.
- Castles, Stephen, Derya Ozkul y Magdalena Arias (eds.). (2015). *Social Transformation and Migration. National and Local Experiences in South Korea, Turkey, Mexico and Australia*. Londres. Palgrave Macmillan, p. 325.
- CBP [Customs and Border Protection]. (2018) "CBP Enforcement Statistics FY2018". Recuperado de <https://www.cbp.gov/newsroom/stats/cbp-enforcement-statistics>.
- Clifford, J. (1999). *Itinerarios transculturales*, Barcelona: Gedisa.
- Clifford, James y Marcus, George E. (1991). *Retóricas de la Antropología*. Madrid. Júcar.
- De Genova, Nicholas P. (2002). "Migrant 'Illegality' and Deportability in Everyday Life". *Annu. Rev. Anthropol.* (31) 419-447.
- Doomernik, Jeroen. (2010). "Del permiso a la prisión: una exploración multidisciplinar de las interacciones entre procesos migratorios e intervención estatal", en María Eugenia Anguiano y Ana María López Sala, (eds.). *Migraciones y fronteras. Nuevos contornos para la movilidad*

- internacional. Barcelona. Icaria, pp. 19-48.
- Eschbach, Karl., *et al.* (1999). "Death at the Border". *International Migration Review*. . The Center of Migration Studies of New York. Vol. 33, núm. 2, pp. 430-454.
- Foucault, Michel. (2008). *Defender la sociedad*. Curso en el College de France (1975-1976). Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel. (2010). *La arqueología del saber*. México. Siglo XXI.
- Frazer, James G. (1975). "Prefacio" en Bronislaw Malinowski, *Los Argonautas del Pacífico occidental*. Barcelona. Península.
- Geertz, Clifford. (1989). *El antropólogo como autor*. Barcelona. Paidós.
- Geertz, Clifford. (1992 [1973]). *La interpretación de las culturas*. Barcelona. Gedisa.
- González Echevarría, Aurora. (1987). *La construcción teórica en Antropología*. Barcelona. Anthropos.
- Heyman, Joshua y Robert Pallitto (2008). "Theorizing cross-border mobility: surveillance, security and identity". *Surveillance and Society*. 5, (3) 315-333.
- Huntington, Samuel. (2004). *¿Quiénes somos? Los desafíos a la sociedad estadounidense*. Barcelona. Paidós Ibérica.
- ICE [Immigration and Customs Enforcement]. (2017). Removals statistics. Recuperado de <http://www.ice.gov/removal-statistics/>
- Kroeber Alfred L. (1965). "Introducción". En Alfred L. Kroeber, David Bidney, Michel Bates, Robert Redfield (1965). *Conceptos y valores*. Buenos Aires. Libros Básicos.
- Lévi Satruss, Claude. (1988 [1955]). *Tristes trópicos*. Barcelona. Paidós.
- Long, Norman. (2007). *Sociología del Desarrollo: una perspectiva centrada en el actor*. México. CIESAS/COLSAN.
- Malinowski, Bronislaw. (1975 [1922]). *Los Argonautas del Pacífico occidental*. Barcelona. Península.
- Marcus, George y Michel Fisher. (2000). *La antropología como crítica cultural*. Argentina. Amorrortu editores.
- Marcus, George. (1995). "Ethnography in/of the World System: The Emergent of Multi-Sited Ethnography". *Ann. Rev. Anthropology*. (24) 95-117.
- Nagengast, Carol. (1998). "Militarizing the border patrol". *NACLA Report on the Americas*. Vol. 32 Nov/Dec, NY.
- Passel, Jeffrey y D'Vera Cohn. (2011). "Unauthorized Immigrant Population: National and State Trends, 2010". Washington, D. C. Pew Hispanic Center Research Center, 1 de febrero, recuperado de www.pewhispanic.org/2011/02/01/unauthorized-immigrant-population-brnational-and-state-trends-2010
- Petersen, William. (1979). "Migración. Aspectos Sociales". *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. Madrid. Aguilar.

- Polanyi, Karl. (1947). *La Gran Transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Buenos Aires. Claridad.
- Rushdie, Salman. (2003). *Step across this line. Collected Non-fiction 1992-2002*. Nueva York. Modern Library.
- Smith, Claudia E. (2000). "La problemática migratoria del 2000. Guardián: perverso y contraproducente". *El Bordo*. (6), Tijuana, México. Universidad Iberoamericana-Noroeste.
- Tarrius, Alain. (2000). "Leer, describir, interpretar las circulaciones migratorias: conveniencia de la noción de "territorio circulatorio". Los nuevos hábitos de la identidad". *Relaciones. El Colegio de Michoacán*, 21(83) 37-66.
- Zulaika, Joseba. (1990). *Violencia Vasca. Metáfora y Sacramento*. Madrid. Nerea.

